

LA DESOBEDIENTE

PAULA BOMBARA

loqueleq

*A Vale, Pao, Naty y Pau.
Con ustedes, la vida entera.*

*Hombre, ¿eres capaz de ser justo?
Una mujer te hace esta pregunta.*

Olympe de Gouges
“Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana”
5 de septiembre de 1791

*Les cuento mi historia, no porque sea única,
sino porque no lo es.*

Malala Yousafzai
“Discurso de aceptación del Premio Nobel”
10 de diciembre de 2014

Parte I

El iluminado de Ingolstadt

**Carta a Robert Walton
de su hermana Margaret**

Londres, 29 de octubre de 17...

Querido hermano,

Tu última carta me ha sumido en la tristeza: ¿sigues empeñado en alcanzar el Polo Norte? No entiendo por qué tu compromiso con Viktor Frankenstein es más importante que lo acordado con nuestro padre. ¿Has perdido el juicio?

Hace ocho días, las manos toscas de un hombre de aspecto descuidado golpearon mi puerta. ¿Exagero si digo que su barba abundante olía a mar? Con pocas palabras se presentó como tu lugarteniente y me entregó el manuscrito que terminaste de escribir a mediados de septiembre pasado. Comencé a leerlo mientras la puerta se cerraba. Demoré varias horas, como imaginarás, pero no noté el paso del tiempo mientras estuve sumergida en tu relato.

Todo lo que me cuentas me ha dejado abrumada. Sorprendida, también. ¿Cómo te sientes, cuánto te ha afectado? Luego de una experiencia de ese calibre, ¿no crees que has viajado lo suficiente como para pasar unos meses en tierra firme? Lo último que dices es que estás rumbo a casa, pero tu lugarteniente me ha contado acerca

de la decisión de reparar el barco en San Petersburgo. ¿Qué ha pasado que no me lo comentas al final de tu escrito? Me ha llamado la atención eso. Temo que todo lo vivido, sumado al clima despiadado del norte, haya vulnerado tu salud y no quieras confesarlo por carta para no preocuparme. ¿Cuánto tiempo seguirás lejos de nosotros?

Respecto al manuscrito que me has enviado, debo decirte que no deja de asombrarme un hecho muy particular: dices que Viktor Frankenstein, al llegar a la Universidad de Ingolstadt, se entrevistó con los profesores Krempe y Waldman. Pues seguramente te sorprenderá saber que el profesor Waldman es uno de nuestros más preciados asesores.

Sus conocimientos sobre la química de los pigmentos, el proceso de blanqueado y las propiedades de los tejidos no dejan de maravillarme. Contar con él para mejorar la producción de nuestra fábrica de hilados es algo que agradezco todos los días. Pero no lo reconocí en la descripción que Frankenstein hace de él. Su voz no es dulce, es triste. Su mirada revela un profundo pesar. Se mueve como si estuviera siempre amenazado. Estas diferencias hicieron que fuera a verlo para constatar que se trataba de la misma persona.

Encontré los modos e intercalé en nuestra conversación un par de preguntas sobre su pasado. Luego le comenté que conocías a su antiguo discípulo Viktor Frankenstein. Se sorprendió, pero no emitió palabra alguna. Insistí preguntándole directamente si había sido su tutor. No negó conocerlo, pero su rostro se cerró de

pronto, como una ventana atizada por el viento. Resultó indudable que la sola mención de ese nombre le ocasionaba una tormenta interior de magnitudes ingobernables. La mirada se le nubló y el mentón comenzó a temblarle al intentar emitir alguna opinión. Sentí tal bochorno al verlo así que le pedí disculpas por la perturbación que le había causado y me retiré sin más. El sofoco duró todo el camino de regreso a casa.

Temí que, tras esa situación, el profesor Waldman decidiera dejar su trabajo de asesor, pero, para mi sorpresa, hace unos días pasó a dejarme un cuaderno en el cual se había tomado el trabajo de escribir toda su historia. “Para que se sepa la verdad”, dijo cuando lo apoyó con cuidado sobre el escritorio. Y me pidió que fuera reservada con el contenido de este relato que compartiré contigo.

¿Te preguntas por qué decidió confiar en mí? Yo también lo hice, pero entendí sus razones al terminar la lectura. De todos modos continuó reflexionando sobre ella cada noche. Las expresiones que utiliza para explicar sus motivos me impulsan a ir más allá, me provocan: ¿será que espera más que redención o exculpamiento de mi parte?, ¿pretende que haga algo con toda esta información? Más allá de que es a mí a quien se dirige, ¿soy yo la verdadera destinataria de este escrito? ¿Te has sentido de modo similar después de conocer y escuchar a Frankenstein?

Apenas terminé de leer el cuaderno, decidí transcribir las palabras del profesor para enviártelas. Fue arduo, pero era necesario: de ningún modo me hubiera arriesgado a perder el original. Seguramente me darás la razón.

Confieso que al leer me sentí afectada, pero nada comparado con lo que sentí al copiar el relato. La transcripción me ha resultado aún más reveladora. Ahora entiendo mucho mejor su comportamiento, sus vacilaciones, ese pesar que transmite a cada paso, como si todos fueran cuesta arriba. También entiendo que Frankenstein lo haya descrito de un modo tan diferente.

Si sigues siendo el hombre que vi crecer, el amigo incondicional de mi juventud, estoy segura de que este relato, en conversación con el que me enviaste, te hará reflexionar tanto como a mí. Tu amigo Viktor Frankenstein jamás lo supo, pero su vida y la vida de este profesor se entramaron de un modo tan profundo como desgraciado.

¡Cuánto me aliviará comentar contigo estos hechos cuando nos reunamos!

Mientras tanto, mil bendiciones para ti, querido Robert. Recuerda que te adoro y extraño muchísimo.

¡Vuelve a nosotros! ¡Regresa pronto a casa!

Tu hermana,
Margaret Saville

Estimada Margaret:

Te agradezco desde la primera línea la lectura de esta historia. Confío en que tus ojos bondadosos expíen algunas de las culpas que cargo. No tengo dudas de que la escritura también ayudará a alivianar mis pesares. Pero ¿cómo afrontarla sin el aliento que da saber que del otro lado hay una mirada lectora clemente y comprensiva?

Voy a comenzar diciendo que mi apellido inglés no debe engañarte. Si bien nací en Londres, mi corazón late más fuerte cuando estoy en suelo alemán. Mi padre, filósofo natural y médico, se mudó a Göttingen cuando mi hermano y yo éramos pequeños. Allí crecí. Allí aprendí la maravillosa lengua alemana y allí di forma a mi vocación científica.

Estudí en los mismos claustros universitarios en los que mi padre daba clases, aunque mi mentor no fue él, sino Philipp Gmelin, a quien debo los mejores consejos de mi vida. Obtuve el título de doctor gracias a este querido profesor, de quien fui discípulo mientras estudiaba y en los tiempos inmediatamente posteriores.

La universidad premió mi desempeño con un cargo de profesor unos años después de haberme recibido. Con esa alegría reciente y el orgullo iluminándome las sienes, durante un viaje de verano conocí en casa de mis tíos ingleses a una joven deslumbrante, Mildred Verney. Hasta ese entonces ninguna mujer me había cautivado. La vida universitaria era todo para mí, pero, al conocer a Mildred, entendí que ya no podría dejar de pensar en ella. Su educación era, a todas luces, superior, y poseía una inteligencia tan chispeante que me enamoré sin remedio. La cortejé todos los días hasta que estuve seguro de que el sentimiento era mutuo y, antes de que mis vacaciones terminaran, hablé con sus padres para casarme con ella.

Un año después, también en verano, se concretó la boda en Londres. De regreso en Göttingen nos mudamos a una bella casa cercana a la universidad. Sé que mi amada esposa extrañaba su lengua y sus quehaceres, pero el estudio del alemán la entretuvo tanto como las lecturas que llevaba cada noche para ella. Pronto el primer embarazo llenó sus días y, con los años, pasamos de ser dos jóvenes enamorados a ser una familia de cinco. Tuvimos dos varones relativamente seguidos, Charles y Andrew, y, años más tarde, cuando nadie esperaba que la familia se agrandara, llegó Peter.

Poco tiempo después recibí la invitación a ser parte del cuerpo de catedráticos de la Universidad de Ingolstadt y, por insistencia de mi tutor, quien aseguraba que ser profesor titular en esa prestigiosa universidad sería lo

mejor para mi carrera, acepté. La vida habría sido muy distinta si no me hubiera movido de Göttingen, pero de qué sirve pensar eso ahora, ¿verdad? Es imposible cambiar el pasado...

Una vez instalado en mi laboratorio de Ingolstadt conseguí rentar una casa rodeada por un bosque frondoso y húmedo, en el cual habitaban una gran variedad de especies botánicas y, por supuesto, multitud de insectos. Era todo lo que Mildred y yo habíamos soñado. Ni bien puse la casa en condiciones, viajé nuevamente a buscar a mi familia. Rememoro esos años con la tibia luz de las tardes de primavera.

Cuando ya estaba acostumbrándome a la dulzura de la felicidad, la vida se ocupó de recordarme que hay que atesorar los momentos de alegría como si fueran los diamantes más perfectos. Una mañana recibimos la terrible noticia de la muerte de mi único hermano y casi toda su familia. Habían tenido un accidente marítimo durante sus vacaciones en Génova, Italia, la tierra de origen de mi cuñada Marcella. De los tres hijos, solo había sobrevivido la mayor, Florence, a quien decidimos ir a buscar y traerla a casa, para criarla como si fuera nuestra.

Partimos hacia Génova con sentimientos encontrados: me apretaba el pecho un pesar negro. Nunca había imaginado que podía sufrir la pérdida de mi querido hermano menor; a la vez, mi corazón se sentía iluminado y tibio, pues sabía que él hubiera querido que criáramos a su hija, una joven que “brillaba con luz propia”, según la descripción presente en la última carta que intercambiamos.

Reconozco que no fui yo quien tuvo el impulso de tutelar a Florence. Apenas nos enteramos de la noticia, mi esposa me dijo que teníamos que ir a buscar a nuestra sobrina. Yo aún me encontraba en estado de *shock* cuando ella dejó la sala presurosa anunciando que prepararía el equipaje. Mildred y Marcella, siendo cuñadas, habían forjado una sólida amistad y solían ser ellas quienes promovían nuestras reuniones familiares, a veces en Londres, a veces en Ingolstadt. Cuando la niña comenzó a leer, Mildred se tomó muy en serio su rol de tía, algo que mi sobrina adoró. Mi esposa siempre había querido tener niñas en la casa y esa joven era lo más cercano a una hija que la vida nos había otorgado. Desarrollaron una relación muy especial: intercambiaban una profusa correspondencia que mis tres hijos seguían con interés. Ellos también se mostraron muy preocupados por la suerte de su prima así que, a pesar de mis dudas, en el afán de contentar a mi esposa, salí de casa rumbo al correo a enviar una carta urgente a Génova comunicando nuestra pronta llegada.

Era una situación inusual y un tanto incómoda pedir ser los tutores de la niña, pues, en realidad, Florence era hija ilegítima de Marcella, y ese embarazo, la razón de su partida de Italia. Mi hermano me había confiado ese secreto cuando viajé a Londres a conocer a su prometida y me enteré de que nuestro padre lo había desheredado. A mi hermano no le había importado, él amaba profundamente a la pequeña, a quien había adoptado en el mismo momento en que Marcella se convirtió en su esposa. Sin embargo, en rigor de verdad, aunque sabíamos que la adopción era un argumento firme, no teníamos lazos de sangre que avalaran nuestro pedido. Por supuesto, la familia materna puso esta cuestión en relieve en la misma misiva en que comunicaban la muerte de mi hermano y su esposa, pero convinimos con Mildred no emitir opinión por escrito, confiando en que resolveríamos el problema al encontrarnos en persona.

Lamentablemente la Florence que hallamos en Génova poco tenía que ver con la que habíamos conocido. Solo tenía trece años, pero la altura y la tristeza que emanaba su cuerpo la hacían parecer mayor. Había heredado de la madre la belleza de las *madonnas* italianas. Ojos almendrados, pómulos salientes, cabello ondulado, grueso y oscuro. El accidente le había dejado una herida en el rostro que lo cruzaba desde el costado derecho de la barbilla hasta la oreja izquierda. Al ver esa línea gruesa, aún sangrante, deformando la mitad dañada de sus facciones, los ojos enmarcados por profundas ojeras y la palidez del resto de su cuerpo, era imposible no sentir

una perturbación, mezcla de espanto y pena. Sus parientes no habían logrado comunicarse con ella. Sabíamos que hablaba italiano con fluidez, pero estaba muda desde el accidente. Que viviera con nosotros terminó siendo, para toda la familia materna, un alivio.

Nos comentaron que, desde que estaba con ellos, Florence no había dormido más que siestas aisladas de las que despertaba entre sustos y lágrimas. También nos relataron los espantosos eventos del naufragio, que conocían por boca de otros sobrevivientes. Esto hacía comprensible que la niña no se despegara de Mildred, su adorada tía, quien la llevaba de la mano a toda hora y no dejaba de relatarle lo que haríamos paso a paso, para que nada la sorprendiera, para que nada más pudiera alterarla. Esa actitud de mi esposa hizo que, con el paso de los días, Florence lograra dormir todas las noches al menos unas horas en calma.

Apenas resolvimos las cuestiones legales, decidimos volver a nuestra casa en Ingolstadt. Mi sobrina pasó el viaje con la vista puesta en las ventanas, ausente, pero tranquila. No había paisaje que le arrancara una exclamación ni cansancio que la llevara a quejarse. Sin embargo, en algunos momentos en que nuestras charlas se desenvolvían de modo interesante, lográbamos que nos mirara. Lo cierto es que cuando suavizaba la expresión, cuando la vivacidad de su rostro permitía olvidar la cicatriz que lo cruzaba, era una joven muy bella. Más tarde nos rendimos ante su inteligencia, era prodigiosa. Pero me estoy adelantando al decirte esto.